

Fietsicleta

Robert Max Steenkist



Víctor Muñoz. *Pointing paths o señalando trayectos*. Técnica: imágenes (fotografía/dibujo/intervención pública). 2015

12

El pasado 23 de junio me aventuré por los recovecos del centro de Medellín en búsqueda de la que quizás sea la tienda de bicicletas con mayor resonancia histórica del país: Bicicletas Ramón Hoyos. Debía entregarle al hijo del legendario pedalista un ejemplar de mi primera novela gráfica *Fietsicleta*. Y lo hacía por una razón muy específica: Ramón Hoyos, el Escarabajo de la Montaña (sí, el apodo que reciben los ciclistas colombianos se debe a él...), había inspirado buena parte de ese trabajo.

El taxista sabía perfectamente dónde quedaba la tienda de don Ramón. “Ahí ha estado toda la vida”, fue lo que me dijo cuando quise indagar sobre el local. “Ese no se iba a contentar con lo del gobierno nomás”. Ramón Hoyos, después de coronarse campeón de la vuelta a Colombia en cinco ocasiones, de conseguir oro en los Juegos Panamericanos en 1955, de haber representado a Colombia en los Olímpicos de 1956, de conseguir más gloria para la región antioqueña que muchos deportistas, no se con-

formó con una pensión de cerca de setecientos mil pesos que le ofrecieron los gobiernos ingratos que desfilaron por el poder mientras él vivió. El hombre del taxi estaba bien enterado. “Es que es de Marinilla, de donde yo soy”. A pesar de sus más de 3.8 millones de habitantes, Medellín sigue siendo una ciudad pequeña, dije. “¡Nombre!”, respondió el conductor sonriendo por el retrovisor. “Es que a los mejores se les pegan los buenos”. Y me picó el ojo mientras daba un giro a la izquierda. “Y Ud anda pegado a la rueda del campeón más querido de todos”.

La novela gráfica *Fietsicleta* fue lanzada en la pasada Feria del Libro de Bogotá. Como proyecto galardonado con un premio de la Embajada de Holanda, el libro tuvo una generosa acogida mediática y en redes sociales. Gracias al éxito en su lanzamiento, nuestro equipo (otro autor, un ilustrador, una productora y yo, principalmente) obtuvo una invitación del Primavera Fest de esta ciudad. En conclusión: no puedo quejarme de la acogida que el libro ha tenido entre los lectores. Pero a los libros los compone una faceta más sutil y primaria, mucho más difícil de satisfacer: se trata de un capital humano que mueve las historias y que es, en últimas, lo que constituye el poder que tienen de conectar a las personas. Y que como autor siempre me siento en la obligación de saldar.

Algo similar ocurre con las bicicletas. Esas estructuras que ensamblan platos, cadenas, guayas, resortes, alambres y pedales son también el vehículo preferido para historias entre abuelos y nietos, para recuerdos de hazañas infantiles, para memorias secretas de enamorados, en fin, para postales que se anudan a

nuestra identidad. Más allá de su eficiencia como medio de transporte y del bienestar que irrigan en las ciudades, las bicicletas han pasado a hacer parte de lo que muchos consideramos innegociable y único en nosotros.

¿Qué es lo que hace que dos personas tan diferentes como una integrante de la realeza holandesa (me refiero a la reina Guillermina, que en 1898 se coronó como Soberana del Reino de los Países Bajos y uno de sus primeros actos como regente fue el ordenar que se le enseñara a montar en bicicleta) y un mensajero de carnicería sientan tanto apego por un artefacto, un simple medio de transporte? Libertad, pero al mismo tiempo vulnerabilidad. Velocidad y, al mismo tiempo, límite de velocidad. Independencia, y, sin embargo, una clara sumisión a la capacidad física de quien está a cargo del manubrio...

Quizás debido a los contrastes y los matices que ofrece, la bicicleta ha despertado el interés de mentes muy brillantes. Albert Einstein la veía como una metáfora de la vida misma: “Para mantener el equilibrio hay que seguir pedaleando”. “La bicicleta es un vehículo curioso”, concluía con envidiable simpleza el pedalista olímpico John Howard, “el pasajero es su motor”. Y el escritor español Eloy Tizón resumía la riqueza de este vehículo en una imagen tan críptica como llena de poesía: “La bicicleta es un vehículo movido por el deseo, cuyo motor son los sueños”.

Quizá se deba a la capacidad de suscitar tantas sensaciones y provocar tantas metáforas que la bicicleta ha sido incluida dentro de los torbellinos diversos e inacabables de la literatura: el 30 de noviembre de 1896, unos días antes del estreno de *Ubu Rey* en París, su autor Alfred Jarry compró una bicicleta. Acostumbrado ya a despertar polémica y a generar divisiones entre una burguesía moribunda y una vanguardia que nacía histérica e imparable, Jarry encontró en este medio de transporte

el perfecto dispositivo para expresar su poca voluntad de adaptación: al cortejo fúnebre de Mallarmé llegó con el pantalón hecho jirones de mugre por haberse movilizado hasta allá pedaleando y se le vio en numerosos eventos vistiendo uniforme de ciclista y descalzo. En una época en la que el ciclismo no superaba un pequeño número de excéntricos, Jarry hacía parte de la selección del Club Velocipédico de Laval, resolvía sus compromisos pedaleando y promovía la práctica del ciclismo en diferentes planos de la patafísica. Incluso llegó a tener una columna en *La Revue Blanche* durante varios años.

En la década de 1950, el poeta español Rafael Alberti buscaba entre todos los frágiles nombres aquel que mejor se acoplara a su bicicleta morada “alegre y plateada como cualquier otra”:

Carlanco de los bosques.
Estrella voladora de las hadas.
Telaraña encendida de los silfos.
Rosa doble del viento.
Margarita bicorne de los prados.
Cabra feliz de las pendientes.
Eral de las cañadas.
Niña escapada de la aurora.
Luna perdida.
Gabriel arcángel.
La llamaré con este frágil nombre.
Porque son sus dos alas blancas la que me llevan,
anunciándome al aire de todos los caminos.

En su novela de 1956, *La caída*, Albert Camus asocia a los ciclistas de Ámsterdam con una de las imágenes más memorables para la nostalgia:

Holanda es un sueño, señor, un sueño de oro y de humo, más humoso durante el día, más dorado durante la noche; pero noche y día ese sueño está poblado por figuras de *Lohengrin*, como estas que se deslizan en medio de la ensoñación sobre sus negras bicicletas de altos manubrios, cisnes fúnebres que ruedan sin tregua en todo el país, alrededor del mar, a lo largo de los canales.

El Nobel francés nos muestra una faceta lánguida de la ciudad en reconstrucción, trazada por el tono amargo del existencialismo de toda la novela. Con todo, aquí los ciclistas le brindan un respiro al absurdo de la condición humana, flotando como aves sobre el paisaje urbano.

Con ocasión de la inauguración del Velódromo de Ciudad Esperanza de Argentina en 1967, se le pidió al poeta José Bartolomé Pedroni que escribiera algo. Aprovechando la relación que existe entre bicicleta, infancia, esperanza y paz, el autor escribió "La bicicleta con alas". Aquí un fragmento:

Tan pronto los hombres
ganen la paz,
la bicicleta de todos
volará.
La que duerme en las puertas de los cines
volará.
La del cartero
volará.
La de la reina Guillermina,
volará.
La mía -y tuya-
volará.
Por arriba del humo y de los cables
me verás.

La bicicleta tendrá un solo nombre:
Libertad.

En 1999, durante el IX Festival de Poesía de Medellín, el poeta hindú Surjit Patar leyó su poema "En la ciudad de Medellín". Como para terminar de marcar el carril exclusivo que conecta lo inolvidable de la literatura y el vehículo más divertido, ecológico y especial que hayamos conocido, vamos a repararlo:

En la ciudad de Medellín
en el Parque Obrero
un niño en su bicicleta
se me acercó.
Mirando mi turbante y
mi barba, me preguntó:

-¿Es usted un mago?
Me reí y quise decirle que no.
Pero dije:
-Sí, yo soy un mago.
Puedo bajar estrellas del cielo
y hacer collares.
Puedo tornar las heridas
en flores.
Puedo transformar los árboles
en instrumentos musicales
y el viento en músicos.
-¿De verdad? dijo el niño.
Por favor, cambie mi bicicleta
en un caballo.
Dije yo: ¡Oh, no!
No puedo hacer eso,
no soy el mago de los niños.
Soy el mago de los adultos.
-Entonces, ¿puede cambiar mi casa
en un palacio?
-¡Oh, no. En realidad
yo no soy el mago de las cosas.
Soy un mago de las palabras.
-Ya entiendo.
Usted es un poeta,
dijo el niño,
y se fue en su bicicleta
diciéndome adiós con su mano.
Se alejó del parque
y entró
en mi poesía.

Quizás nadie ha descrito la relación natural que existe entre bicicleta y literatura como el poeta Antonio Muñoz Molina: "La bicicleta es una máquina tan literaria que cuando estaba casi inventada ya empezó a circular por todas las novelas".

Ante tantas referencias de excelente literatura (omito para este artículo la gran mayoría), ¿cómo no sentirse como aquel que aporta con una aguja innecesaria a la construcción de un pajar suficientemente rico ya? ¿cómo no sentirse torpe frente a la buena literatura que ha homenajeado a la bici? Con una posible intoxicación de imágenes y referencias, con la inseguridad propia de un escritor que se reconoce

heredero de una calidad apabullante de literatura, entré yo a la tienda de don Ramón Hoyos. Mientras atravesaba el marco de la puerta del almacén me vino a la mente, como un electrochoque, el dato de que el mismo García Márquez escribió una biografía de don Ramón. ¿En qué me había metido yo?

Don Jorge Hoyos, hijo menor del ciclista, me recibió con un gesto de su mano. Hablaba por teléfono. Habíamos acordado mi visita por teléfono algunas horas antes y agradeció mi puntualidad. Las paredes del almacén están decoradas con fotos de don Ramón. En alguna de ellas, quizás tomada por el gran Horacio Gil Ochoa, lo vemos solitario en el ascenso de una carretera rural llena de piedras y lodo. Su rostro está algo descompuesto por el cansancio, pero mantiene un gesto firme y tranquilo. Sobre la camiseta de pedalista se cruza un neumático de repuesto. Se sabe: Ramón Hoyos no esperaba al carro mecánico, él mismo se encargaba de arreglar los pinchazos. Mientras despachaba pedidos, atendía entregas de proveedores y daba instrucciones a sus colaboradores, Jorge empezó a hojear el libro que le extendí.

Ramón Hoyos no es el único homenajeado en *Fietsicleta*. También sirvieron de inspiración para esta historia Cochise, Lucho Herrera, los movimientos sociales holandeses de la década de 1970, el ciclista nederlandés Pim van Eest, mi propia cosecha de anécdotas sobre los pedales, la historia de mi abuelo, etc. De la mayoría de referentes don Jorge estaba bien enterado. Habló cariñosamente de los deportistas contemporáneos de su padre, con admiración, de sus sucesores. Él mismo le dedica buena parte de su tiempo libre al ciclismo (“¿Y cómo no?”, se aventuraría uno a pensar) lo que le permite hablar con propiedad tanto de marcas, repuestos y modelos, como de anécdotas de rutas, ascensos imposibles, técnicas en contra de la deshidratación e instinto de pedaleo.



Victor Muñoz. *Pointing paths o señalando trayectos*. Técnica: imágenes (fotografía/dibujo/intervención pública). 2015

Los ojos de Jorge se detuvieron con atención en una página, justo en una fotografía del protagonista (ligeramente inspirado en mi propia vida en bicicleta) junto a su abuelo, en una remota infancia. “Mi abuelo me enseñó a montar en bicicleta, y es una de las cosas que más le agradeceré”, le expliqué. “Todo el mundo recuerda cuándo y en dónde aprendió a montar en bicicleta, ¿no?”. Su expresión era de placer, como si repasara el álbum de sus propios recuerdos.

Pronto llegamos a las páginas que ilustran a Ramón Hoyos. La novela inventa un episodio ficticio (pero muy probable) en el cual mi propio abuelo (o, mejor, el abuelo del protagonista de *Fietsicleta*) trabaja como reportero gráfico cubriendo una de las etapas de la Vuelta a Colombia, una de las muchas que ganó el antioqueño.



Víctor Muñoz. *Pointing paths o señalando trayectos*. Técnica: imágenes (fotografía/dibujo/intervención pública). 2015

En *Fietsicleta*, don Ramón le regala a mi abuelo una parte de su bicicleta, la primera ficha de un vehículo-collage que nuestro personaje va construyendo a partir de los años, del contacto con otros ciclistas y del pasar mismo de las páginas de la novela gráfica. La novela se detiene en algunos detalles de los componentes del vehículo. Don Jorge se emociona. Hablamos de la calidad de las bicicletas de ese entonces: su peso, su capacidad para remontar veredas fangosas y derrumbes imprevistos. “La gente de hoy en día dejó de entender la parte por el todo”, dice sonriendo. “Estos eran deportistas que entendían su disciplina más a fondo”. En las páginas de la novela la gente saluda a Ramón Hoyos con vítores y sonrisas. Don Jorge repite los gestos.

La novela no incluye las grandes anécdotas de Ramón Hoyos: no cuenta sus hazañas

contra el cronómetro, superando la meta antes que llegaran las comisiones verificadoras y los jueces que no habían podido vencer el barrizal o el derrumbe que él había surcado. Tampoco se detiene en la figura del ciclista de aquella época que, accediendo a regiones en las que el gobierno a duras penas hacía presencia, se convertía en cartero, en contacto, en correvejdile entre veredas, en el primer reportero de un país desmembrado por la política, pero unido alrededor de héroes anónimos y pasajeros llenos de barro y de viento de carretera.

Los libros son dispositivos limitados: hay un máximo de páginas determinado, hay una historia (una sola) que contar. Y el tiempo también es limitado. Aunque sospechaba que don Jorge hubiera querido pasar horas hablando sobre su padre, el ciclismo y la evolución del deporte, los deberes del almacén llamaban. Me despedí de él y de sus colaboradores. Todos se mostraron ansiosos de poder hacerse al libro una vez contaran con algo de tiempo libre. Antes de irme, me regalaron una camiseta con el logo del almacén. Les prometí que la llevaría puesta la próxima vez que me sentara a escribir. “Suerte en el ascenso” me gritó don Jorge con la mano en alto, desde la parte de atrás del local. Le regresé el gesto, como quien inicia un ataque para salirse del pelotón.

Robert Max Steenkist (Bogotá, 1982) es colombo-holandés. Vivió en Holanda durante algunos años. Estudió literatura en la Universidad de los Andes y una maestría en estudios editoriales en la Universidad de Leiden (municipio de la provincia de Holanda Meridional). Ha publicado los libros *Las excusas del desterrado* y *Caja de piedras* y es coautor, con Andrés Barragán y Guillermo Torres, de *Fietsicleta*. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.